

José Miguel Viñas

Diccionario meteorológico y climático

Prólogo de Jorge Olcina



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: octubre de 2025

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© José Miguel Viñas, 2025
© del prólogo: Jorge Olcina Cantos, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-067-8
Depósito legal: M-12918-2025
Impreso en España - Printed in Spain

Índice

- 9 Prólogo
- 17 Nota editorial
- 19 Diccionario meteorológico y climático
- 556 Bibliografía básica
- 558 Créditos fotográficos



8. *Cumulonimbus incus*, con su característica forma de yunque en su parte superior.



9. Espectro de Brocken.



10. Estela de condensación (*Cirrus homogenitus*).



11. *Fluctus* (oleaje atmosférico) al amanecer en Sojuela, La Rioja (España).



12. Halo ordinario.



13. Jardín meteorológico. En este recinto vallado se disponen la mayor parte de los instrumentos que se utilizan en los observatorios meteorológicos. En el de la imagen, en primer término a la izquierda, tenemos el pedestal donde se sitúan los piranómetros con los que se mide la radiación solar, mientras que detrás, en la columna del fondo, está el heliógrafo. En la parte central se localizan los pluviómetros y pluviógrafos, seguidos, más a la derecha, de las garras meteorológicas y la torre anemométrica.



14. Manga marina fotografiada en la Playa de la Misericordia, Málaga (España).



15. Mar de nubes fotografiado en el norte de Tenerife, islas Canarias (España).



16. Nieve sandía (de color rosa) en Monte Ritter, en Sierra Nevada, California (EE UU).



17. Arcoíris y nimboestrato sobre el río Delaware, Nueva Jersey (EE UU).



18. Nube sombrero o en capuchón cubriendo la cima del Teide, en la isla de Tenerife, islas Canarias (España).



19. Nubes asociadas a una onda de montaña generada por los Montes de Málaga (España).



20. Parhelios (soles falsos) situados a uno y otro lado del sol.



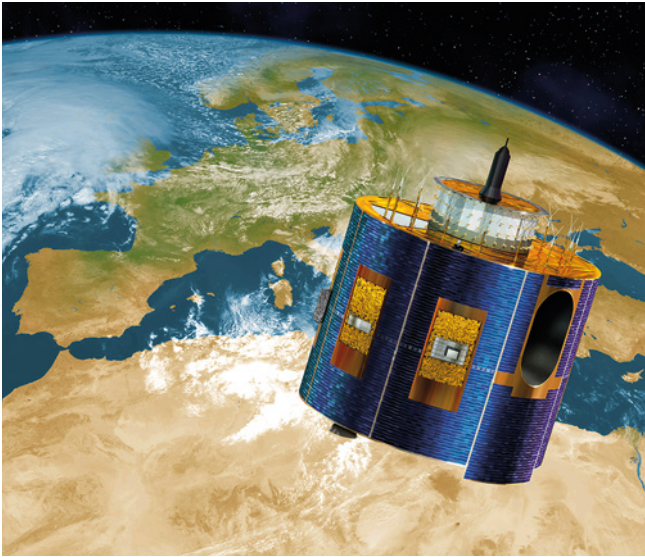
21. Cirros o rabos de gallo sobre los cielos de Radiquero, Huesca (España).



22. Impacto de un rayo, a la luz del día, sobre un viñedo en Casalarreina, La Rioja (España).



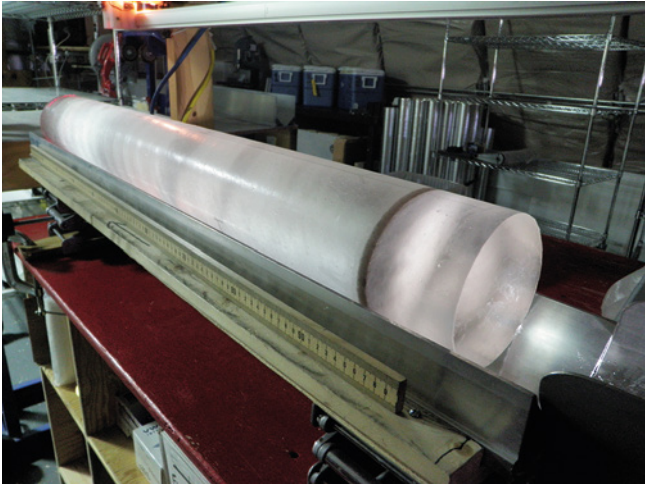
23. Espectacular reventón impactando sobre Phoenix, Arizona (EE UU).



24. Recreación artística del MSG (Meteosat de Segunda Generación). Desde que el primer satélite de la serie –el Meteosat 1– envió su primera imagen, el 9 de diciembre de 1977, se dispone de un registro continuo de imágenes en distintos canales, que se extiende desde entonces hasta nuestros días.



25. Supercélula en las cercanías de Urrea de Jalón, Zaragoza (España).



26. Testigo de hielo extraído de la Antártida Occidental. La banda oscura se corresponde con una capa de polvo volcánico depositado sobre la capa de hielo hace aproximadamente 21 000 años.



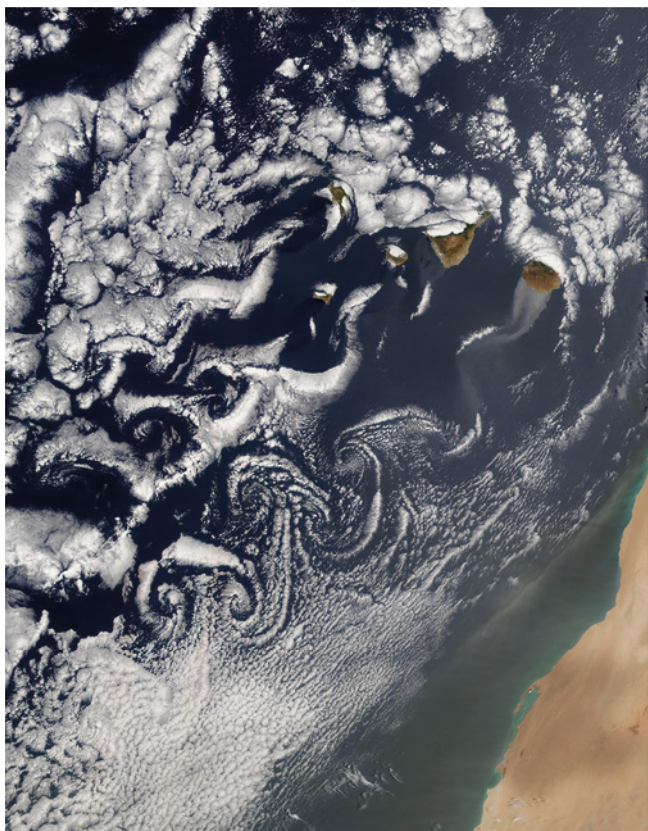
27. Estratocúmulo de la variedad *undulatus* en los cielos de Madrid (España).



28. La nube rodillo, denominada técnicamente como *volutus*, aparece en zonas donde se cruzan vientos que soplan en sentido contrario.



29. Imagen de satélite de la zona de convergencia intertropical discurriendo sobre la parte oriental del océano Pacífico.



30. Vórtices de Von Kármán a sotavento de las islas Canarias (España). Imagen tomada el 24 de mayo de 2002 por el sensor MODIS del satélite *Terra* de la NASA.

Prólogo

La ciencia son conceptos

En la conferencia sobre los métodos de la física teórica, impartida el 10 de junio de 1933, Albert Einstein nos dejó una muestra más de su genialidad: «Si bien los conceptos y postulados fundamentales de nuestras teorías deben adaptarse a la experiencia, son, por lo demás, invenciones libres del intelecto humano». Toda ciencia necesita conceptos para poder definir su objeto, sus métodos de trabajo, sus fines, su posición en el universo del conocimiento, su valor para la sociedad. Una ciencia se conforma como tal cuando demuestra que puede ser catalogada como forma de pensamiento necesaria para entender hechos y procesos que interesan al ser humano, porque cumple unos estándares establecidos, recoge las enseñanzas del pasado —normalmente consideradas como precientíficas— y comienza a establecer los cánones de la nueva normalidad —científica—. Y en ese proceso, se incluyen los vocablos que se han utili-

zado y se añaden los que van incorporándose en el desarrollo de la nueva disciplina científica establecida.

En el mundo occidental esos vocablos se remontan a la época griega o a lenguas indoeuropeas, luego incorporadas al latín y de ahí a las lenguas romances hasta derivar en las lenguas modernas. O proceden de las lenguas semíticas, de las que surgiría el árabe clásico, de fuerte implantación en amplias áreas del sur de Europa durante la Edad Media. Los textos clásicos contienen vocablos que han ido enriqueciendo a las disciplinas científicas, a los cuales se han sumado los conceptos modernos aportados en los últimos siglos.

Nunca es fácil establecer el inicio de una ciencia. Y cuando se fija, siempre se cometen equívocos. El paso de una etapa precientífica al estado de ciencia plena no suele ser abrupto. Los avances en ciencia siempre son evoluciones de ideas previas que experimentan nuevas formas de pensarlas. Son, como indica Einstein, «invenciones libres del intelecto humano». Y estas invenciones pueden ser más o menos rutinarias, o innovadoras, o geniales.

Para la ciencia —o las ciencias— que aborda esta obra existe consenso en establecer el comienzo de su etapa «científica» en los albores del siglo XIX. Pero los avances que han tenido lugar en la física, en la química, en la matemática y en el propio conocimiento de la Tierra durante la Edad Moderna son esenciales para entender el arranque de la meteorología y la climatología, de las ciencias atmosféricas, en definitiva.

El vocabulario empleado en meteorología y climatología es muy amplio porque la relación entre la temperie y el ser humano ha sido una inquietud constante desde los inicios

de las civilizaciones. La propia estancia del ser humano en la superficie terrestre, el desarrollo de actividades básicas para obtener alimentos y disponer de viviendas, ha tenido desde siempre una importante dependencia de los estados del cielo. Y eso ha favorecido la creación de numerosas palabras para denominar fenómenos observados o sensaciones experimentadas ante un tiempo atmosférico u otro. En general, las ciencias relacionadas con los elementos del medio natural son las que más vocablos han aportado al corpus de las lenguas, porque aportan variedades propias de las sociedades y de los territorios donde se producen. Y la superficie terrestre es, de por sí, diversa en su naturaleza y en los seres humanos que la ocupan.

Se puede afirmar que la vitalidad de una ciencia se observa en la diversidad de sus conceptos, en la variedad de las definiciones existentes de ellos, en el uso y desuso de los términos en cada momento. El estudio de los conceptos de una ciencia y la aportación de definiciones claras que comprenda la población es una tarea fundamental de toda disciplina científica.

Las ciencias del tiempo y clima, junto a la aportación popular de términos desde la aparición de la escritura, han incorporado vocablos de otras ciencias, disciplinas, actividades o artes, que han hecho propios porque permitían entender un elemento o proceso atmosférico. El lenguaje bélico (frente), los avances en la industria militar (radar), la carrera espacial (satélite), la topografía y cartografía (mapas), las ciencias del mar (ENSO, AMOC) y, por supuesto, la física, la química y la geografía han aportado avances determinantes en la evolución de la meteorología y la climatología, permitiendo incorporar términos procedentes de aque-

llas al vocabulario atmosférico. Son los neologismos que van enriqueciendo el vocabulario de una ciencia y que precisan de explicación clara y entendible para el gran público, de modo que no queden como una jerga exclusiva.

En mis años de doctorado, una de las obras que más me ayudó a profundizar en elementos y procesos atmosféricos fue el *Diccionario de voces usadas en Geografía Física* (1949), del profesor de geología en la Escuela de Ingenieros de Minas y presidente de la Real Sociedad Geográfica Pedro de Novo y Fernández Chicharro. Una obra que contenía una sección de «Meteorología» con términos generales y vocablos de denominación de procesos atmosféricos regionales que permitían enriquecer los conocimientos académicos de las ciencias del tiempo y clima. Desde entonces se han editado numerosos diccionarios de términos meteorológicos, elaborados por organismos oficiales (INM-AEMET), por académicos e investigadores universitarios, por comunicadores (o por la propia Asociación de Comunicadores de Meteorología, ACOMET) y por divulgadores científicos. Todos ellos de enorme utilidad al mostrar, de forma clara y precisa, la definición de aspectos complejos de la atmósfera terrestre. Porque un diccionario de conceptos científicos bien organizado, con definiciones concisas y rigurosas, que sepa explicar con pocas palabras la dificultad de un hecho tiene enorme valor para la propia epistemología de una ciencia. Si, además, puede acompañarse de esquemas, figuras o fotografías alusivas al término definido permitirá una comprensión de carácter universal, como obra de consulta básica.

Preparar un diccionario especializado es una tarea compleja y rigurosa. Requiere minuciosidad y habilidad para la

recopilación de los términos, capacidad de jerarquización, dominio del lenguaje, búsqueda de las palabras exactas que expliquen un concepto, soltura en la expresión. Un diccionario especializado está orientado a esclarecer con la mayor sencillez posible un vocablo técnico o de uso particular de una ciencia. Debe saber aunar simplicidad y rigor; emplear las palabras justas para explicar complejidad.

Este *Diccionario meteorológico y climático* es una nueva edición, revisada, renovada, ampliada y en formato de bolsillo de *Conocer la Meteorología* (2019, 2022), de José Miguel Viñas, y cumple perfectamente estos rasgos que se requieren en un diccionario especializado de alta divulgación científica. Es ciencia explicada con el rigor de lo sencillo. La primera edición de este diccionario de términos de tiempo y clima sorprendió por la cantidad de vocablos (2000) y la potente selección del aparato gráfico, que permitía la perfecta comprensión de términos complejos. Esta nueva edición ha revisado la definición de decenas de términos y ha ampliado la cantidad de conceptos (200 más) para ofrecer una aproximación más completa al conocimiento de los elementos y procesos atmosféricos. En realidad, esta nueva obra de José Miguel Viñas es un manual de meteorología y climatología, organizado como un diccionario, porque leyendo los términos que contiene este libro uno puede alcanzar un conocimiento básico de los temas que se explican en un curso de ambas disciplinas.

El autor ha incorporado una serie de términos indicativos del dinamismo de las ciencias atmosféricas, cuya explicación es tan necesaria en la actualidad dado el contexto de cambio climático de causa antrópica que vivimos. Y ha sabido recuperar, también, conceptos del acervo popular re-

feridos a estados del tiempo o a procesos climáticos, que son muestra de la riqueza lingüística y cultural de nuestro país (albazo, cellisca, oscurana, regada, tremolina...). Las lenguas de raíz grecolatina son singularmente ricas en términos referidos al tiempo y clima. De ello dan muestra los tesoros lingüísticos y los diccionarios de las academias oficiales. Esto es particularmente notable en las lenguas de la península ibérica, con su influencia fundamental en América. Y ello por las variedades dialectales o la propia diversidad que imprimen los rasgos geográficos de un espacio regional a un fenómeno atmosférico.

En este *Diccionario meteorológico y climático* hay varios conceptos que se asocian con las innovaciones que van produciéndose, de forma acelerada en los últimos años, en las ciencias del tiempo y clima. Avances relacionados con nuevo instrumental de observación o con denominación de procesos atmosféricos u oceánicos de enorme relación con ellos (oscilaciones, amplificación ártica, olas de calor marinas). En algunas ocasiones se explican las siglas o los acrónimos con los que las ciencias meteorológica y climática han nombrado, por acuerdo internacional o por simplificación, a estos procesos, manteniendo, en muchos casos, su forma inglesa, que requiere traslación al castellano junto a su explicación precisa (NOSIG, COV, STEVE, AMSL).

José Miguel Viñas nos sorprende siempre con sus trabajos rigurosos y de gran utilidad. Esta nueva obra es de nuevo una aportación básica para los estudiosos y aficionados al tiempo y clima, que son legión en un país como España. En el contexto de complejidad, de tiempo acelerado, de aparición constante de avances científicos y de novedades sociales que experimentamos, son cada vez más necesarias

obras de claridad. Trabajos que nos ayuden a entender la dificultad de hechos, de procesos que interesan a la sociedad.

Los asuntos del tiempo y clima han cobrado un protagonismo destacado en la actualidad. Y lo van a tener aún más en un futuro próximo, dado el contexto actual de cambio climático que estamos viviendo. Necesitamos ciencia frente a negacionismos y extremismos climáticos. Una ciencia que sepa llegar al gran público, que explique con sencillez la complejidad. Este *Diccionario meteorológico y climático* cumple magníficamente esta misión: de la mano de José Miguel Viñas, sin duda, el mejor científico divulgador del tiempo y clima de nuestro país en la actualidad.

Jorge Olcina Cantos
Alicante, febrero de 2025

Nota editorial

Algunas de las entradas del diccionario remiten a documentos gráficos. Estos son de dos tipos: por un lado, lo que denominamos «Figuras» (infografías, tablas y mapas), y por otro, lo que denominamos «Imágenes» (fotografías y recreaciones digitales). Las Figuras van ubicadas en el propio texto, en un lugar adyacente o próximo a la entrada que complementan. Las Imágenes, reproducidas en color, aparecen en un pliego aparte. En cualquier caso, todas las entradas relacionadas con cualquier documento gráfico hacen referencia a este entre corchetes, al principio de la definición. Así, por ejemplo:

subsistencia. [Figura 15]. Lento descenso de una masa de aire que tiene lugar...

parhelio. [Imagen 20, pliego]. Fotometeoro de la familia de los halos...

A

abaceo. Palabra de uso coloquial, no muy extendido, que toma el significado de umbría. Entre sus variantes encontramos los términos abisido y besedo. En tierras salmantinas, se emplean los localismos abigedo y obejedo.

abertal. Terreno agrietado como consecuencia de la sequía.

ablación. Si nos ceñimos a su acepción meteorológica, este término expresa la pérdida de nieve o de hielo como consecuencia de la combinación de tres procesos que tienen lugar en la atmósfera: la fusión, la evaporación y la sublimación. Pensando en el manto de nieve o en el hielo de un glaciar, si bien su reducción suele relacionarse con el ascenso de la temperatura (más calor implica una mayor fusión), la ablación puede ocurrir también por la citada sublimación, pasando directamente la nieve o el hielo de fase sólida a gaseosa; es decir, convirtiéndose en vapor de agua. El viento es otro de los factores que contribuye muy eficazmente a reducir el espesor de un manto nivoso, gracias a las elevadas tasas de evaporación que provoca. El proceso opuesto es la alimentación. En un contexto geomorfo-

lógico, el término alude a la pérdida de suelo que ocurre en los valles fluviales, debida al arrastre de sedimentos que ocasionan las grandes crecidas provocadas por lluvias torrenciales. Esos materiales quedan depositados aguas abajo, en el entorno de la desembocadura del río y en el propio mar.

ablandar. Relacionada con el término blandura, esta palabra tiene dos acepciones meteorológicas. Por un lado, se aplica para indicar que el viento está amainando, perdiendo fuelle; y, por otro, para señalar que los rigores invernales van a menos, remitiendo el intenso frío. Así, con la llegada del tiempo primaveral, el invierno ablanda.

abocanar. Término usado principalmente en Asturias que alude a la palabra bocana (hueco). Adopta un doble significado: parar de llover y clarear; esto último en el sentido de abrirse huecos (claros) entre las nubes.

abonanzar. Tender el tiempo a mejorar, volverse bonancible, en referencia a la bonanza meteorológica. Palabra usada principalmente por las gentes de la mar cuando las condiciones meteorológicas y el oleaje se vuelven apacibles. De forma equivalente, se emplean los términos abonecer y abuenar.

abonecer. Abonanzar, abuenar. Volverse el tiempo bueno; por ejemplo, tras el paso de una tormenta.

aborrascarse. Empeorar el tiempo, volverse borrascoso. Se usa también como emborrascar(se). Significa justo lo contrario que abonanzar(se), por lo que podemos considerarlos antónimos.

aborregado. Cielo en el que todo o gran parte de él está cubierto de pequeñas nubes blanquecinas y redondeadas, que recuerdan a un rebaño de ovejas o de borregos, de ahí esa curiosa expresión y otras equivalentes como borreguero o emborregado. Esas llamativas formas nubosas, que a veces cubren la bóveda celeste a modo de losetas (cielo alosetado, empedrado o enladrillado), son la mayoría de las veces altocúmulos de la especie *floccus*. Véanse también altocúmulo, cielo, nube.

aborregarse. Volverse el cielo aborregado.

ábrego. Expresado habitualmente en plural, los ábregos son vientos de procedencia atlántica, templados y húmedos, del suroeste (SW), que dan lugar a los grandes temporales de lluvia en la península ibérica. Por tal motivo, reciben también el nombre de «vientos llovedores». Desde antaño, la gente del campo de la meseta castellana sabe que cuando comienzan a soplar llegará la lluvia, lo que resulta fundamental en otoño para las labores agrícolas en tierras de secano. El ábrego o ábrigo tiene siempre su génesis en las borrascas que, desde la zona de Azores o Canarias, se aproximan a la Península, profundizándose y dando lugar a un marcado flujo del suroeste. El viento se canaliza en las grandes cuencas de los ríos de la vertiente atlántica peninsular, dando lugar a los citados temporales de lluvia. El origen etimológico del término «ábrego» está en la palabra latina *africus*, que es el nombre con el que en la época clásica llamaban al viento del suroeste (procedente de África). Por el área cantábrica recibe distintos nombres, en función de la zona. Por la costa cántabra se refieren a él como castellano, campurriano (en referencia a la comarca montañesa de Campoo) o «aire de arriba» (de las montañas del interior de Cantabria). Si sopla demasiado caliente (como consecuencia del efecto foehn que experimentan los vientos de componente sur en la cordillera Cantábrica) se refieren a él como abriguna, mientras que su persistencia durante varios días recibe el nombre de abrigada.

abrigada. Tiempo en el que persiste el viento ábrego. En el interior de Cantabria es común el uso del vulgarismo abrigá. El término también se usa como sinónimo del citado ábrego, un viento del suroeste, templado y húmedo. Se emplea igualmente para referirse a un lugar protegido del viento, al abrigo de este.

abrigadero. Equivalente a abrigada, en la última acepción que se incluyó en la entrada anterior.

abrigado

abrigado. Aparte de tomar el significado de ir con ropa de abrigo para protegerse del frío, alude a un lugar resguardado del viento.

abrigaño. Lugar resguardado del viento y del frío. Tiene su origen en la voz latina *apricus* (abrigo). La expresión «estar al abrigo» toma el significado de estar al abrigo, protegido de las inclemencias meteorológicas invernales.

abrigo meteorológico. Véase garita meteorológica.

abrir el día. Amanecer.

abrocar. Palabra antigua, ya en desuso, que se empleaba como sinónimo de llover.

abromado. Referido al mar, que está cubierto por la bruma o niebla. El resultado de abrumarse.

abrumarse. Cubrirse de bruma el horizonte. El uso más común de esta palabra es fuera del contexto meteorológico.

absorción (atmosférica). Atenuación que sufre la radiación luminosa al atravesar la atmósfera, causada por los gases y demás elementos en suspensión contenidos en ella. Esa disminución es mucho más acusada cuando la luz proviene de un astro (Sol, Luna...) en las cercanías del horizonte que cuando es más cenital, en cuyo caso atraviesa un tramo mucho menor de la baja atmósfera, donde la densidad del aire es significativamente mayor.

absorción de Chappuis. Banda de absorción del ozono atmosférico en el espectro electromagnético. Es ancha pero débil, de tal forma que la presencia de ese gas apenas atenúa la radiación solar incidente. Su efecto en el color del cielo es perceptible por las tonalidades que adopta durante los crepúsculos, en la llamada hora azul, especialmente en la sombra de la Tierra.

abuenar. Véase abonanzar.

acantalear. Llover de forma abundante. Literalmente, «llover a cántaros». También se utiliza para referirse a la acción de granizar cuando caen granizos de gran tamaño.

acarambanado. Relativo al carámbano. Alude a la presencia de esas agujas de hielo. También se emplea la variante carambanado.

acaramelado. Relativo al caramelo, que es una de las formas de referirse al carámbano. Sinónimo de acarambanado. También se emplea para referirse a lo que está cubierto de una escarcha gruesa.

acelajado. Término náutico o marino usado para referirse a la presencia de celajes. Por ejemplo, un horizonte acelajado es aquel que presenta nubes enmarañadas, algo relativamente común de ver.

aceleración de Coriolis. Véase efecto de Coriolis.

achicharradero. Lugar donde el calor es excesivo, insoportable. La palabra deriva de achicharrar, una de cuyas acepciones es quemar en exceso.

achubascarse. Término coloquial usado para describir el cielo amenazante que anuncia un inminente aguacero o chubasco.

acidificación del océano. Circunstancia que tiene lugar en las aguas oceánicas, consistente en la disminución de su pH —y, en consecuencia, el aumento de su acidez—, debida, principalmente, a la absorción de dióxido de carbono proveniente de la atmósfera, aunque también puede ser provocado por otras adiciones químicas, como, por ejemplo, las debidas a la actividad volcánica. La acidificación del océano que se viene detectando en los últimos años está en buena parte provocada por las actividades humanas, y una de sus consecuencias está siendo el blanqueamiento de los corales observado en distintos lugares del mundo. El fenómeno de la acidificación se extiende también a los suelos y la vegetación, como consecuencia de la lluvia ácida y el *smog*.

aclarar(se). Referido al cielo, despejarse, abrirse claros. También se usa como sinónimo de clarear, al amanecer. Otro uso común

se aplica a la disminución de la nubosidad, aunque esta no llegue a desaparecer por completo.

aclimatación. Adaptación de los seres vivos a unas condiciones climáticas distintas a las que están acostumbrados. Con frecuencia, se emplea para referirse a la adaptación a la altura, por encima de los 3000 m sobre el nivel del mar, debido a la reducción de la cantidad de oxígeno en el aire.

aclimatar. Conseguir adaptarse un ser vivo a unas condiciones climáticas y ambientales distintas a las de su hábitat.

acreción. Crecimiento de una gotita de nube o de una gota de mayor tamaño que precipita, debido a la adición de minúsculas gotas de agua subfundida, que se congelan de inmediato al colisionar con la misma, incrementando su masa y volumen.

actinógrafo. Instrumento empleado para medir la radiación solar directa que lleva incorporado un dispositivo registrador. También se conoce como pirheliógrafo.

actinometría. Rama de la Física que se dedica al estudio de la radiación y a su medición, para lo cual se cuenta con instrumentos específicos, disponibles solo en algunos observatorios principales y/o especializados. En Meteorología, se estudia y mide la radiación solar (conocida como radiación de onda corta), la terrestre (radiación de onda larga) y la que irradia la propia atmósfera.

actinómetro. Véase pirheliómetro.

adalar. Nombre antiguo que se daba al viento de poniente.

adaptación. Ajustes en los sistemas ecológicos, sociales o económicos que tienen como principal objetivo limitar los riesgos asociados al cambio climático, haciéndonos menos vulnerables a ellos. Las medidas de adaptación son un conjunto de acciones a llevar a cabo como respuesta a los impactos actuales y futuros del cambio climático. En función de cuál sea su grado de implementación, los daños potenciales de naturaleza climática se amortiguarán más o menos, lográndose una mayor o menor resiliencia.

adiabática. En un diagrama termodinámico o aerológico, recibe este nombre genérico cada una de las líneas que muestran el comportamiento de la temperatura experimentado por una parcela o burbuja de aire al ascender o descender por la atmósfera, sometida a un proceso adiabático. En función de que el aire de dicha parcela se considere seco o saturado, aparecen trazadas en el citado diagrama las llamadas adiabáticas secas (líneas rectas) y las adiabáticas húmedas o saturadas (líneas curvas). Con ayuda de estas y de otras líneas auxiliares, se puede analizar el grado de inestabilidad atmosférica a partir de los datos obtenidos por un radiosondeo.

adrosia. Ausencia de rocío.

advección. Deslizamiento sobre la superficie terrestre de una masa de aire con el consiguiente transporte horizontal de calor y humedad. Se suele hablar de una advección cálida o fría en función de la temperatura del aire que se desplaza. En los océanos también se producen advecciones, en este caso de masas de agua. Mientras que los vientos son los que gobiernan los grandes movimientos horizontales de aire en la atmósfera, en el medio oceánico hacen lo propio las corrientes marinas.

Aerobiología. Ciencia encargada del estudio de los pequeños organismos animales y vegetales que hay flotando en el aire, entre los que encontramos pólenes, esporas, hongos, bacterias, virus, ácaros y un largo etcétera. Entre otros asuntos, la Aerobiología estudia el impacto que tiene en la salud la presencia de toda esta fauna y flora microscópica en el aire que respiramos.

aerograma. Nombre que también recibe el diagrama termodinámico o aerológico.

aerología. Rama de la Meteorología que se encarga del estudio del estado termodinámico y los procesos que tienen lugar en la atmósfera libre, por encima de la capa límite superficial. Para tal fin, se abastece fundamentalmente de los datos obtenidos por los radiosondeos.